

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
22.200 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

¡Padre, es todo un hombre de estado!

Andando por el mundo, se ven casos y cosas que dejan a uno turulado. En la última Cuaresma me sucedieron cosas curiosas y casos originales.

El señor Casimiro (para mí, tío Casimiro, y para los pobres, don Casimiro), empuñaba la vara de la Alcaldía, por obra y gracia del patillado cacique, de abultado vientre y luciente calva. El señor Casimiro había crecido a su sombra, arrebañando por aquí, cercenando por allá, mintiendo cuando le convenía para sus negocios, y arrastrándose siempre, como el caracol de la fábula hasta encaramarse en las alturas de un buen pasar, según la gráfica expresión de la gente de la villa. Era un hombre de provecho, una excelente hormiguilla para su casa, como de su marido decía la gitana del cuento.

Grave, pausado, circunspecto el señor Casimiro, a vista de pájaro podía pasar por un hombre honrado, por un ciudadano pacífico y hasta por un Alcalde gubernamental. Con su cara de luna llena y sus ojos de lechuza parecía un melón con dos agujeros; pero en cambio, sus palabras, ¡ah sus palabras! acarameladas, fundidas en un perol de almibar. ¡Qué lagarto, qué pájaro de cuenta el señor Casimiro! Sin saber por qué, nos hicimos medio amigos, y echábamos largos párrafos.

—Padre, me dijo un día,—permítame usted que le dé la más cordial enhorabuena por sus magníficos sermones.

—Gracias, señor Alcalde. Se hace lo que se puede.

—Nada, nada: que predica usted muy bien, sólo que lo hace demasiado claro, y eso acaso, acaso le perjudique un tanto.

—No sé en qué pueda a mí perjudicarme; yo, como dijo el lego del cuento, ya tengo la carrera hecha; en todo caso, perjudicaré a ustedes los ricos, por decirles las verdades, y gracias que no van del todo desnudas.

—Veamos, Padre, que usted no se muerde la lengua. Aquí, en visita, en conversación particular, es usted una mosquita muerta, una madre selva, un moro de paz, vamos al decir, y luego en el púlpito nos mete a todos en el infierno.

—Sobre todo, a los ricos.

—Efectivamente. ¿Y por qué es eso, Padre?

—Por dos razones. La primera porque los ricos tienen la entrada muy dura; y la segunda, porque muchos se han hecho ricos de cualquier manera y en poco tiempo.

—Querrá usted decir a costa del sudor del pobre.

—Ni más ni menos y valiéndose de toda

clase de medios, por malos y reprobados que sean.

—Eso no será alusión.

—¡Pchs! ¿qué quiere usted que le diga?

—Padre, esas son palabras mayores, y si, a usted no le molestase, le pediría una explicación, ya que tenemos bastante confianza.

—Allá va. Me han dicho que usted fué pobre; que administró el caudal del Marqués; que puso una gran tienda de ultramarinos...

—¡Buena! ¿y qué tiene eso de particular?

—Hasta aquí, nada; lo que tiene de particular es, vg., el modo cómo usted se portaba en la tienda, según dicen las gentes.

—¿Y qué dicen esas malas lenguas?

—Que usted, como otros muchos del oficio, hacía caer, sin que nadie lo advirtiese, el dedo meñique en el platillo: que escamoteaba, por arte maravilloso, algo de la mercancía al encerrarla en las pesadas bolsas de papel; que adulteraba los productos; mejorando el almidón, echando harina al azúcar; agua al vino y a la manteca; que mezclaba los géneros averiados con los de buena calidad; que vendía cacahuetes por café, amillico por aguardiente.

—¿Y quién le engañó a usted, Padre?

—A mí nadie; porque ni lo he creído ni lo he dejado de creer. Oye uno las cosas, y deja correr; pero permítame continuar la letanía, tal como me la han enseñado, pico arriba, pico abajo, porque aun no he terminado. Que la caja de la Alcaldía tiene doble fondo...

—¡Vamos, Padre, vamos!; usted tienegana de bromas y de todo saca partido a costa del prójimo.

—Que, a costa del prójimo (yo rabiaba por decirle que era un grandísimo ladrón), como usted dice, compra fincas, hipoteca casas...

—No, Padre, no: no confunda las cosas. En fin, dejemos eso, porque vamos demasiado lejos, y hablando de otra cosa: ¿estarán ustedes los frailes muy contentos con Romanones? ¡Vaya un hombre de gobierno! Qué bien le toma el pulso a los españoles. Tiene un tacto especial para no inclinarse demasiado ni hacia las izquierdas ni hacia las derechas. Sabe engañar hasta a los periodistas, que es lo último; deja que cada cual se divierta a su modo, y con la ley en la mano, se ríe de todo bicho viviente. El no será un gran sabio ni mucho menos, pero es todo un hombre de Estado. Veo que usted se calla, Padre, sonriéndose con esa risita maliciosa... ¿Qué me contesta usted?

—Que para gobernar hoy al pueblo español, basta tener mucha frescura y ninguna vergüenza: mucha palabrería alimbarada y ninguna conciencia del cumplimiento del deber; hacer la vista gorda y dejar que cada uno obre a su antojo, con tal de que no se nos toque al pellejo o a la bolsa;

hoy gobernar es condescender con todo el mundo por ruín y perverso que sea.

—Padre: ¿volvemos a las alusiones? Usted siempre picando.

—Pues el que se pica, ajos come: y si usted gobernase como Dios manda, no se picaría, ni pecaría tampoco.

—¿Y en qué peco yo, como Alcalde?

—Ahí va. Primero; en que permite la blasfemia por las calles y las plazas. Segundo; en que permite los domingos y días de fiesta se trabaje públicamente en las obras del pueblo, empezando por su casa. Tercero; en que permite representaciones obscenas. Cuarto...

—Espere usted un momento, Padre. Ahí va la explicación...

—Esa se la dará a usted Jesucristo, Juez Supremo, en el día de la cuenta, que nunca tardará mucho.

CAMPO DE MATOS.

C O P I O . . .

Hace algunos años, en un pueblo, murió de repente, y sin haber testado, un caballero anciano muy rico. Su mujer, vieja también y con bastantes sobrinos y parientes, se daba a los mil diablos por verse defraudada de una cuantiosa herencia. Ocurriósele, sin embargo, una estratagema, y la puso desde luego en planta. Oculta a todo el mundo la muerte del marido; llama a un zapatero de viejo, vecino suyo, anciano ya, y que se parecía al difunto: le hace meter en cama, y le encarga que se finja muy malo y dicte un testamento por el cual legue a la viuda todos sus bienes. Accede el zapatero y, llegado el escribano, dicta entre hondos suspiros, remedando perfectamente al moribundo y con voz gangosa, el testamento que sigue:

«Lego y mando la mitad de mis bienes a mi mujer, y la otra mitad al zapatero que vive enfrente de mi casa que es un hombre de bien, cargado de familia, y que ha sido para nosotros muy bueno»...

La viuda se mordió los labios de ira y confusión; pero no tuvo más remedio que partir con el zapatero el fruto de una estratagema que, según su plan, había de redundar en su provecho personal y exclusivo.

SENTIMIENTO MORAL

Sin el alma para amar,
sin la bondad del amor;
no habrá Patria, no habrá honor,
no habrá mujer, no habrá hogar.

Porque, Patria, honor, mujer,
hogar, amor y conciencia,
son santuarios de la ciencia,
es el templo que da luz.

Es el faro que ilumina
a las almas la existencia;
en la vida nos da esencia;
en la muerte da virtud.

Este faro luminoso
que Dios pone en nuestra mente,
con su rayo refulgente,
nos da fuerza y da salud.

Cuando el corazón es fuerte
y en el alma hay voluntad,
habrá Patria, honor, mujer,
hogar y felicidad.

L. R.

Gijón Abril 1916.

¡MELLA!

Decir ¡Mella! como decir Balmes, como decir Aparisi, como decir Cisneros, es bastante para que el corazón de todo buen patriota se llene de júbilo, de consoladoras esperanzas, de anhelos de reivindicaciones patrias y resurgimientos de pasadas glorias.

¡El gran Mella! elocuente por naturaleza, incomparable orador que compendia en su decir todas las sublimidades del arte: trova, pincel, burlil y melodía.

El es una gloria española. Su fama es mundial. Asturias bien puede estar orgullosa de contarle entre sus más ilustres hijos, con no ser pocos los que en este venturoso país sobresalieron en los distintos ramos del saber humano.

Sentían los buenos españoles, los que aman de veras a su patria y conocen su gloriosa historia, nostalgias de «aquellos tiempos de oro» tan ponderados aun por el liberal, pero eximio, don Juan Valera en los que la España católica supo conquistar un imperio que ocupaba la tercer parte del planeta, dominando con sus sabias leyes, con sus hombres de ciencia, con sus artes, con su comercio, con sus industrias, y admirando a todos por su «fervor religioso» en el que precisamente radicaba tanta grandeza.

Y sintiendo estos anhelos, suspiraban por un hombre capaz que nos señalase clara y terminantemente el camino a glorias como aquellas, dejando lejos, muy lejos las impurezas de este liberalismo pestilente y mortífero que destruye por completo y con vilipendio cuantos pueblos por él se rigen.

El hombre deseado apareció. Habló en el Parlamento y los más eminentes políticos, y los oradores más renombrados le oyeron con admiración sin atreverse a discutirle porque su dialéctica, su dominio de la historia patria, su perfecto conocimiento de los sucesos presentes y su clarividencia de lo futuro venían a pregonarle como un «coloso».

Habló en las academias y su ciencia se revelaba imponderable.

El pueblo, cuando le oye, siente los efectos de lo sublime en el arte y le aplaude y le vitorea y le sigue electrizado como en otros tiempos el pueblo griego seguía a Licurgo después de sus arrebatadoras arengas.

Todos sabemos muy bien que a él se debe principalmente que España no padezca los horribles desastres del actual conflicto europeo; así se le llama «el gran patriota», el «político sabio y honrado», el «develador de toda tiranía, el «hombre providencial» que Dios de tarde en cuando concede a las naciones para su salvación, como los concedió a su Iglesia en tiempos también críticos.

Con ser todo esto nuestro insigne Mella y reconocerlo así amigos y adversarios,

siendo además de trato sencillo y bondadoso, aun hay quienes se atreven a censurar su programa de regeneración patria, y sus ideas de verdadera y sana libertad.

Pero ¿cuáles son estos? Los que no entienden la política como medio para gobernar bien a los pueblos sino como satisfacción de ambiciones personales hasta convertirla en «política infame». Los asalariados que llevan por lema esta repugnante esclavitud: «Quien tiene las llaves del pan tiene las de la conciencia». Los eternos descontentos, los ambiciosos, los enemigos sistemáticos de la Religión Católica, los antiespañoles.

¡Qué honra para don Juan Vázquez de Mella y para cuantos le seguimos, aceptando entusiasmados su programa de reconstitución nacional basado en los principios católicos firme sosten de toda sociedad bien organizada! Mella es el único diputado que en estas pasadas elecciones consiguió dos actas; por Navarra y Asturias. Es un síntoma que alegra el ánimo.

Aquí, en este bendito solar de la Monarquía española, y cuna de la reconquista patria, Mella fue aclamado como redentor nacional...

¿Volverá Asturias por segunda vez a liberar a España entera de la morisma liberal, mil veces peor que aquella de Covadonga? Dios lo quiera.

J. O. F.

La trampa del Socialismo

—¿Qué es el socialismo?

—Una farsa bautizada con el nombre de *La Internacional*, en la que los actores—jefes socialistas—cobran y en la que el público—masa socialista—paga.

—Y los jefes esos, ¿quiénes son?

—Vividores que estudian o han acabado la carrera de burgués, astros de ínfima cuantía que, no pudiendo brillar con luz propia en otra parte, se van con su gramática roja a ejercer entre el proletariado la antigua máxima que dice: «En país de ciegos, el tuerto es rey.»

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque basta abrir los ojos para verlo; porque no hay jefe socialista que no medre, mientras la masa está cada día más pobre.

—Y aquella masa, ¿qué es?

—Una masa dócil, crédula, sumida en la ignorancia por sus propios jefes y que se deja manejar por ellos.

—¿Y qué hace esa masa que no desprecia a esos hombres?

—Todo se andará. Los que de buena fe *entraron van saliendo*. Dentro de poco sólo quedarán en *La Internacional* los jefes y los que sean tan tunos como ellos.

—¿Cuántos hospitales han fundado los socialistas?

—Ninguno.

—¿Cuántos patronatos?

—Ninguno.

—¿Qué rasgo de *humanismo* hay en la historia socialista?

—Ninguno.

—En cambio, ¿cuántos se han enriquecido con el socialismo?

—Muchos que hoy son fabricantes, comerciantes, rentistas.

—Dicen los socialistas que cuando

ellos invadan el poder político cambiará la faz del mundo y la felicidad será completa, total y absoluta, ¿es cierto?

—No, señor. Ahí está la república francesa, donde son y han sido socialistas como los de España, ministros, gobernadores, alcaldes, jueces, presidentes de Cámaras, etc.; donde el socialismo ha puesto espíritu y cuerpo en la administración pública. Pues bien; aquel Estado hase convertido en esclavo del favoritismo, de la desigualdad, de la tiranía, del saqueo, de la porquería...

—¿Qué más?

—¿Le parece a usted poco?

Religión

La Religión, según yo la entiendo, forma parte de la educación. Dios dió a los hombres la capacidad de hacerse religiosos. Esa fué «la verdadera luz que alumbró a todos los hombres que vinieron al mundo...» La verdadera educación es religiosa. Los sistemas de la ciencia no son sino los pensamientos de Dios. Kepler no pronunciaba sino una sencilla verdad cuando, arrebatado su espíritu por el descubrimiento de sus leyes planetarias, exclamaba: «¡Gran Dios!, yo pienso tus pensamientos después de Ti.» Toda conciencia, por consiguiente, conduce a Dios.

(N. A. Wicrersham.)

La intrepidez y la religión

Casi todos los días del invierno de 1522, a eso del toque de oraciones, se veía en la iglesia de San Ildefonso, de Sevilla a un hombre desconocido que vestía paño azul. Allí pasaba largo rato orando ante el altar de la Virgen María.

Las personas piadosas que en aquella hora acudían al templo se maravillaban del fervor, de la exterior compostura, del noble semblante y buenos modales del desconocido personaje.

A vuelta de algunos días aquel hombre desapareció. Nadie le volvió a ver; todos preguntaban por su paradero. Para toda la vecindad aquel hombre era un misterio, era un arcano.

Al cabo de tres años volvió a aparecer en la Iglesia de San Ildefonso el hombre desconocido. Vestía traje de penitente y llevaba en la mano un cirio encendido. Antes de retirarse depositó sobre el altar de la Virgen, flores, conchas y corales.

Era el famoso navegante Sebastián Elcano, que acababa de llegar a Sevilla en la nao *Victoria*, después de haber dado la vuelta alrededor del mundo, siendo el primero que había

llevado a cabo tan arriesgada empresa.

Antes de partir de Sevilla había prometido a la Virgen traerle flores, conchas y corales de los países de todo el mundo, si lo guiaba en su expedición, y venía a cumplir su promesa.

Las gentes, al conocerle, le daban el más cumplido parabién. Entonces el intrépido navegante, mirándolas con ternura, exclamó:

*¡Con María, nada es imposible!
¡Sin María, todo se malogra!*

Ante la torre de Eiffel

—¿Qué me dice usted de esa torre?

—Es un monstruoso mecanismo de hierro que parece el último esfuerzo del progreso mecánico y el monumento más soberbio de la Exposición universal de París.

—Dicen que es dos veces más alta que las pirámides de Egipto, y que las más altas torres de las catedrales.

—¿Qué tienen que ver con esa obra del moderno progreso las obras de la antigüedad y del oscurantismo! ¡Y lástima que no podamos subir hasta la cúpula, y admirar allí la última perfección de los aparatos meteorológicos!

—De otra cosa puede admirarse usted.

—¿De qué?

—De que esa torre y esos aparatos glorifiquen al oscurantismo.

—Es falso: glorifican a la revolución, mal que pese a los católicos y a los frailes.

—Pero ¿ignora usted que el famoso ingeniero de esa torre es un católico y el inventor de los anemómetros que la coronan es un fraile?

—¿Quién es el católico?

—Eiffel, de quien tomó el nombre esa torre.

—¿Y el fraile?

—El P. Dechévrens, jesuita por más señas, y misionero de la China.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!...

Charla

—Tocan a misa.

—Como si no tocaran. A mi no me pescan más en esas paparruchas. Hasta ahora vivimos muy atrasados y es necesario ponerse a nivel con el progreso de los tiempos.

—Tienes razón; vivíamos muy atrasados, como dijo el otro día hablándonos de estas cosas don Lesmes que ya tú ves si él lo sabrá bien que corrió tanto mundo, y tiene tantos libros grandes con mapas.

—Allá en América, decía él que nadie se ocupa de Religión. Todos cuidan de su trabajo y nada más.

—Como que para ser bueno no hace falta ser beato.

—Ni ir a la iglesia a hacer el caldo gordo a los curas.

—En fin, chacho, que esto se acabó, el Padre Cura que no cuente más con nosotros. Es un retrogrado... o como se diga. Don Lesmes que ha corrido mucho mundo allá en América sabe mejor que él lo que se pesca.

—¡Digo yo! Nada, nada a sacar provecho de las cosas de este mundo que el otro nadie lo ha visto,

—Sí, hombre, sí; lo vió D. Lesmes.

—¡Qué pollín eres! No me refiero al de la América, sino al de allí arriba, al que nos prometen los curas.

—Ah... sí.

—¿No te fijas qué pocos hombres entran en la Iglesia? Algún que otro viejo y cuatro beatas.

—También entre las mujeres va haciendo efecto la predicadera de don Lesmes.

—Si es muy listo. ¿No ves qué quinta tiene?

—Trajo muy buenos cuartos.

—Pero está algo enfermo y flacucho y tiene una tosecilla...

—Sí, qué *diferencia* de cuando marchó de rapaz, gordo y coloradote que daba envidia verlo.

—El mucho trabajo le desmejoró, ¡Pobre don Lesmes!

—¿Cómo no se casará para que tenga quien le cuide?

—Las chicas del pueblo no están aun lo bastante ilustradas, dice, para hacerlo por lo civil y como él con la Iglesia no quiere nada, por eso se deja estar.

—Yo oí decir que tenía *ciertos enredos* por allá.

—Pudiera ser, no tiene *ello* nada de particular. ¿Sabes quién llegó anoche a establecerse también en este pueblo?

—Tu dirás.

—Don Vicente aquel americano que estuvo aquí el verano pasado.

—¡Ca!

—Sí, señor, sí.

—Ese no es tan liberalote como don Lesmes; es amigo de curas.

—Cosa rara viniendo también de allá, donde hay tanta ilustración y tanto progreso.

—No habrá entrado por ello.

—Pues habla bien, solo que todo lo tiene con «si Dios quiere».

—Una *muletilla* como otra cualquiera. ¡Por allí viene!

.....
—Pero qué, muchachos, ¿no se entra a misa?

—No, señor... tenemos mucho que hacer...

—La primer obligación hoy día de fiesta es la misa.

—Para usted que no tiene otra cosa en qué ocuparse, bueno.

—Para todo fiel cristiano.

—A que no va don Lesmes, ese otro americano como usted.

—Si no va peor para él. Vosotros cuidad de imitar a los fervorosos no a los tibios.

—El dice que todo eso de iglesia es

una filfa y, ya ve, cuando él lo dice que corrió tanto mundo...

—Tanto o más que él he corrido yo y ya lo veis, no he perdido la fe de mis mayores, porque es joya que no debe perderse si no se quiere ser tremendamente desgraciado. Ahora comprendo por qué estais aquí sin entrar a misa. Empezais a creer a D. Lesmes.

—Como que habla en nombre del progreso y la civilización modernas, ¿verdad, tú?

—Hombre, claro. Ha corrido mucho mundo.

—Sí, parece que ha corrido demasiado. Tan americano como él soy yo y si él no tiene fe yo la tengo.

—Allá por América dice que nadie cree en la Religión y que les va tan ricamente sin ella.

—No es cierto. En América hay hombres y pueblos profundamente religiosos como los hay, muy pocos, descreídos. La república de Colombia, «madre de poetas y de sabios», puesta oficialmente bajo la protección del Sagrado Corazón de Jesús, goza de paz y bienestar. En cambio Méjico cuyos gobernantes despreciaron la Religión Católica para acogerse a la Masonería ya veis a qué estado de salvajismo anárquico ha venido a parar.

Aquí como allí y allí como aquí hay hombres creyentes y descreídos, buenos y malos, y desgraciados los pueblos y los hombres que den oídos a los que con aparatosas palabras de ilustración y progreso pretenden ir contra el Catolicismo, por que serán confundidos. Esta es la historia de todos los tiempos y ella debe de servirnos de lección provechosa. Por no hablar ahora sino de América y americanos, prueba elocuente de cuanto os digo la teneis en aquel presidente de la República mejicana D. Porfirio Díaz que murió muy arrepentido de no haberse portado como católico y como gobernante católico. Su muerte, hace poco, fué edificante y no menos la de otro sucesor suyo, el general Huerta quien reconociendo sus yerros y perdonando a todos quiso morir reconciliado con la Iglesia Católica, que en sana salud y prosperidad él había despreciado.

Los que presenciaron sus últimos momentos refieren el fervor con que repetía las palabras del Sacerdote que le administraba los últimos Sacramentos: «Sí, sí creo y espero en cuanto nos manda creer y esperar nuestra Santa Madre la Iglesia Católica» y añadía por su cuenta: «y me pesa hondamente no haber creído y esperado siempre esto mismo!»

Estas cosas seguramente no os las contará don Lesmes ni las dicen los periódicos de información (?) que él os dará a leer.

Dejaos pues, de tanteos y pinitos en lo que afecta a los asuntos de religión; tomad el negocio de la salvación como el más digno de tenerse en

cuenta por todos y no creais en quienes a la corta o a la larga, si Dios misericordioso les concede tiempo y conocimiento suficiente, concluyen por arrepentirse y llorar sus alejamientos de la Doctrina de Cristo que es la católica, apostólica, romana, garantía de felicidad allá y aun aquí de paz y prosperidad.

Seguramente que en vuestras casas, desde que dais en creer en los atrevimientos de don Lesmes no se disfruta de esa paz y sosiego cristianos de antes, y si, como vosotros, hay en este pueblo muchos crédulos de ese progreso e ilustración falsos, sufrirá como están sufriendo otros, que no han querido venirse a razón, tristes y sangrientos desengaños.

Vaya, está dando el tercer toque para misa, no debemos perderla, amigos, os lo ruego por vuestro bien. Entremos.

—¿Qué hacemos, tú?

—Entrar, porque pensándolo mejor tiene más razón don Vicente que don Lesmes.

—Pues entremos.

Muchos pueblos existen que padecen un don Lesmes, sobre todo en esta provincia, y ¡qué pocos que tengan un don Vicente que les ilustre en la verdad, previniéndoles en tiempo contra los peligros de la irreligión... importada de tierras americanas.

Un doctor brasileño dice que el café es el mejor remedio contra la anemia.

Purificación del agua del pozo

Se escogen unos veinte trozos de buen carbón vegetal, algo grandes, porosos y bien carbonizados, se atan con bramante entre sí, y se sujeta con ellos un fragmento de sal gemma que pese unos dos kilos; fórmense luego otros dos paquetes idénticos, y enseguida se suspenden los tres en el pozo, de manera que estando todos ellos sumergidos, estén a diferentes profundidades en el seno del agua. Al cabo de tres días el agua es cristalina y de la mejor calidad. Este tratamiento debe repetirse de tres a cuatro veces cada año, especialmente en la primavera. No ha de emplearse cada vez la sal gemma, sino una sola, o a lo más dos veces por año. Cuando no se usa la sal, para que el paquete sea pesado se ata con él un pedernal, o ladrillos porosos. Los fragmentos de carbón absorben una porción de impurezas, salitre, cal, yeso y otras materias, volviéndose el carbón vegetal tan pesado como el carbón de piedra; pueden dejarse los carbones algunos años en el seno del agua, porque más o menos sirven de filtros, y si no otra cosa impiden el enturbiamiento del agua, por la tierra que hay en la base del pozo, cuando la aspiración de la bomba que extrae el agua la remueve.

Catecismo de 1.ª Comunión

Libro utilísimo y necesario a los párrocos, confesores, maestros y cuantos tienen niños a su cargo.

Guta práctica del Catequista, Catecismo Breve de Primera Comunión, según las instrucciones del decreto *Quam singulari*, de S. S. Pío X, las normas de la moderna Pedagogía y las conclusiones del primer Congreso Catequístico Español. Así se titula el valioso opúsculo, que debe tener todo párroco y no ha de faltar en ninguna Cate-

quisis. Lo han bendecido y recomendado cuantos Prelados lo conocen y, entre otros: D. Manuel Siurot, ilustre pedagogo, Director de las Escuelas del Sagrado Corazón, en Huelva: Es muy conveniente por la materia; muy práctico por el procedimiento, y muy racional por la claridad machacona, única que digieren los niños.

M. Rdo. P. Melchor de Benisa, Capuchino, Relator del Congreso Catequístico Nacional: El método me parece muy didáctico, y será fácil distinguir de los demás, a los niños que por él hayan hecho su preparación.—Es la primera vez que veo usado en el Catecismo ese método de tan excelentes resultados.

Los pedidos, al presidente de la Escuela Catequista, Novelda (Alicante) precio de 6 ejemplares certificados 1,50 ptas.

Shakespeare católico

El *Diario de Barcelona* dice, que el doctor crítico De Rougemont publicó el testamento auténtico de Guillermo Shakespeare, a quien se creyó hasta ahora como perteneciente a una secta protestante. Comienza el expresado testamento en esta forma: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios; de los Arcángeles, de los Angeles, Patriarcas, Profetas, Evangelistas, Apóstoles y Mártires de toda la Corte celestial y de mi Angel Custodio; yo Guillermo Shakespeare, indigno miembro de la Santa Religión Católica, Apostólica Romana, etc.; etc.» Con este documento queda resuelto a favor de la Religión católica el pleito que hace tanto tiempo venía sosteniéndose sobre este particular entre protestantes y católicos. Ricardo Dawies y el profesor Signoers afirmaban que Shakespeare era católico papista, y Guizot afirma que el padre de Shakespeare era católico y que había educado a su hijo en el Catolicismo.

Imp. de Lino V. Sanguinés.—Gijón

FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Csullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cócinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luceras, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Correspondencia administrativa

Un señor sacerdote, suscriptor, nos remitió 1,20 ptas. para nuestros gastos. Dios se lo pague.

Sr. D. B. O. A.—Blimea.—Pagó fin Octubre 1916.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

POSTALES Serie de diez postales que desmenuarán la acción nefanda de la prensa del kiosco. Obras maestras de artistas afamados. Cada una cinco céntimos.

❖❖❖ Rebajas para los propagandistas. ❖❖❖ Pagando 10 se reciben 15. Pagando 20 se reciben 35. Pagando 50 se reciben 80. Pagando 100 se reciben 180. Si se desea certificado, añadir 25 céntimos. Dirigir los pedidos a *El Amigo*, Lauria, 58. Barcelona.